

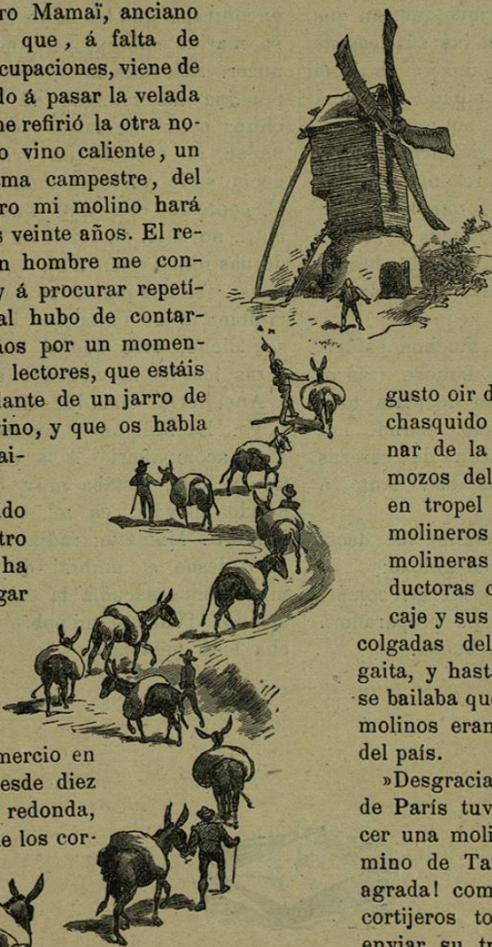


El secreto del molinero Cornille.

RASQUITO Mamaí, anciano gaitero que, á falta de otras ocupaciones, viene de vez en cuando á pasar la velada á mi casa, me refirió la otra noche, bebiendo vino caliente, un pequeño drama campestre, del que fué teatro mi molino hará cosa de unos veinte años. El relato del buen hombre me conmovió, y voy á procurar repetíroslo tal cual hubo de contar-melo. Figuráos por un momento, queridos lectores, que estáis sentados delante de un jarro de perfumado vino, y que os habla un viejo gaitero.

«Mi querido señor, nuestro pueblo no ha sido un lugar muerto como lo es hoy día.

Antaño había en él un gran comercio en harinas, y desde diez leguas á la redonda, las gentes de los cor-



los pobres molinos de viento quedaron en reposo. Durante algún tiempo procuraron luchar; pero el vapor fué el más fuerte, y poco á poco, y uno después de otro, tuvieron que cerrar sus puertas por falta de trabajo.

tijos traían aquí todo su trigo para molerlo. En derredor del pueblo, todas las colinas estaban cubiertas de molinos de viento, y á derecha é izquierda no se veían más que aspas dando vueltas por encima de los árboles, y muchas récuas de borriquillos, cargados con sacos, subían y bajaban á lo largo de los caminos; daba

gusto oír durante toda la semana el chasquido de los látigos, el rechinar de la lona y el jarrel de los mozos del molino, adonde íbamos en tropel los domingos, pues los molineros pagaban el moscatel. Las molineras estaban hermosas y seductoras con sus pañuelos de encaje y sus brillantes cruces de oro colgadas del cuello. Yo llevaba mi gaita, y hasta muy cerrada la noche se bailaba que era un gusto. Aquellos molinos eran la alegría y la riqueza del país.

»Desgraciadamente, unos franceses de París tuvieron la idea de establecer una molienda de vapor en el camino de Tarascón. ¡Todo lo nuevo agrada! como se dice por aquí; los cortijeros tomaron la costumbre de enviar su trigo á aquella fábrica, y

»Ya no se veían llegar las recuas, y las molineras tuvieron que vender sus cruces de oro. Ya no había moscatel ni bailes. Por más que el aire soplara, las aspas quedaban inmóviles. La soledad fué grande y la ruina de tan floreciente industria completa. Y luego sucedió que un día el Ayuntamiento mandó derribar todas aquellas chozas, y se plantaron en aquel terreno viñas y olivares.

»Sin embargo, en medio de tal destroz, un molino se hizo fuerte y continuaba dando vueltas con valor, á pesar de la fábrica. Era el del tío Cornille; este mismo en que estamos pasando la velada.

»El tío Cornille era un antiguo molinero, que había vivido sesenta años en medio de la harina, y entusiasta cual ninguno por su oficio. La instalación de la fábrica le había vuelto casi loco. Durante ocho días se le vió correr por todo el pueblo, reuniendo á la gente á su alrededor, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones que se quería envenenar á la Provenza con la harina molida al vapor. «No vayáis allí, decía; aquellos ladrones, para hacer el pan, se valen del vapor, que es una invención diabólica, mientras que yo trabajo con el aire, que es el aliento de Dios.» Y hallaba siempre muy hermosas frases en alabanza de los molinos de viento, pero nadie le hacía caso.

»Entonces, de rabia, el viejo se encerró en su molino, viviendo allí solo como una fiera. Ni siquiera quiso que se quedase con él su nietecita Vivette, niña de quince años, que desde la muerte de sus padres no tenía á nadie en el mundo, fuera de su abuelo. La pobrecita niña se vió obligada á ganarse la vida trabajando en los cortijos, lo mismo en la siega que en la recolección de las olivas ó cuidando de los gusanos de seda. Y, sin embargo, parecía que su abuelo la quería mucho, pues sucedía mil veces que se echaba á andar tres ó cuatro leguas con un calor tropical para ir á verla, y cuando estaba á su lado pasaba horas enteras mirándola y llorando.

»Los habitantes del pueblo pensaban

que el anciano molinero, al despedir á Vivette, había obrado por avaricia, y que era una indignidad dejarla así ganarse un jornal, tan pronto en un cortijo como en otro. Encontraban también muy censurable que un hombre de tan buena fama como el tío Cornille, y que había sido con razón muy respetado hasta entonces, fuera ahora por las calles como un verdadero gitano, descalzo, con el gorro roto y el traje hecho jirones. El caso es que los domingos, cuando le veíamos entrar en la iglesia, nos daba vergüenza ver cómo se presentaba, y Cornille bien lo conocía, pues no se acercaba á nosotros los viejos, quedándose siempre al lado de la pila del agua bendita con los pobres.

»Había en su vida algo que nadie comprendía, y que daba mucho en qué pensar á los vecinos, pues no obstante hacer mucho tiempo que nadie le llevaba trigo, las aspas de su muela no tenían un minuto de descanso, y por la noche se le encontraba por los caminos, empujando delante de él á su asno, cargado con grandes sacos de harina.

—»Dios guarde á V, tío Cornille, le decían los aldeanos. ¿Trabajáis siempre mucho, por lo visto?

—»Siempre, hijos míos, respondía el anciano con cara alegre. Gracias á la Providencia el trabajo no falta.

Y cuando le preguntaban de dónde le venía tanto que hacer, colocaba un dedo en sus labios y respondía con gravedad:

—»¡Silencio! Yo trabajo para la exportación.

»Jamás se le pudo arrancar más palabras.

»En cuanto á entrar en su molino, no había que pensar en ello, pues ni siquiera se lo permitía á su nieta.

Cuando alguno pasaba por delante, siempre veía la puerta cerrada, las aspas en movimiento, el viejo borriquillo paciando la hierba y un gato escuálido tomando el sol, en el reborde de la ventana, y que miraba con mal humor á todo el mundo.

»Todo eso era muy misterioso y daba mucho que hablar.

»Cada cual explicaba á su manera el secreto del tío Cornille, y la opinión general era que había en aquel molino aún más sacos de buenos escudos que de harina.

»Andando el tiempo, todo se descubrió, sin embargo, y he aquí de qué manera:

»Un día que yo tocaba la gaita para que los jóvenes bailasen y se divirtiesen, noté que el mayor de mis hijos y Vivette se habían enamorado uno de otro. No lo sentí, porque, después de todo, los Cornille siempre fueron honrados, y hubiera tenido mucho gusto en ver á la linda Vivette corretear por mi casa. Quise, por lo tanto, arreglar en seguida este negocio, y subí al molino para hablar con el abuelo. ¡Ira de Dios! y el viejo marrullero qué modo tuvo de recibirme! Como me fué imposible conseguir que me abriera la puerta; tuve que explicarle desde fuera el objeto de mi visita, y mientras estuve hablando con él, el escualido gato me bufaba cual si yo fuera el demonio.

»El anciano ni siquiera me dejó acabar mi relación, pues me gritó con mucha destemplanza que me fuera á tocar la gaita, y que si yo tenía prisa por casar á mi hijo, que acudiera en busca de mujer á la fábrica de harinas. Bien podéis creer que la sangre se me subió á la cabeza al oírle; sin embargo, tuve la suficiente prudencia para contenerme, y dejando solo á aquel loco, volvíme para anunciar á los muchachos el desengaño que acababa de sufrir. Estos pobres tórtolos, que no podían creerme, me pidieron por gran favor que los dejase ir juntos para intentar hablar á su vez al abuelo. Yo no tuve valor para rehusar, y ¡zás! mis palomos echaron á correr.

Cuando llegaron, el tío Cornille acababa de salir. La puerta estaba cerrada con dos vueltas de llave; pero el buen hombre había dejado la escalera de mano fuera, y mis atrevidos muchachos tuvieron la idea de entrar por la ventana para ver lo que ocultaba aquel famoso molino.

¡Cosa singular! La habitación que encerraba la muela estaba vacía... No había allí ni un saco, ni siquiera un

grano de cereal, ni rastro de harina en las paredes ó en las telarañas; no se advertía tampoco ese perfume producido por el trigo molido que se escapaba de los molinos.

El cuarto del piso bajo presentaba el mismo aspecto de miseria y de abandono; una mala cama, algunos guiñapos, un pedazo de pan en un lado, y en un rincón tres ó cuatro sacos reventados, de donde salían algunos cascotes y tierra blanca.

¡He aquí el secreto del tío Cornille! Ese yeso era lo que paseaba de noche por los caminos para salvar la honra de su casa y que se creyera que en ella se molía siempre. ¡Pobre molino! ¡Pobre Cornille! Hacía mucho tiempo que el vapor le había quitado su último parroquiano. Las aspas giraban siempre, pero la muela no trituraba nada.

Como debéis suponer, mi buen señor, aquellos muchachos volvieron llorando á contarme lo que habían visto, y al oír tan tristísimo relato, con el corazón lleno de dolor, me marché sin perder un minuto á casa de varios vecinos, les dije en dos palabras lo que pasaba y convinimos en que era preciso, sin demora alguna llevar á casa de Cornille todo el grano que hubiera en sus graneros. Dicho y hecho; el pueblo en masa se puso en camino, y llegamos arriba con una procesión de borricos cargados de trigo, verdadero trigo, y no cascotes.

El molino estaba abierto de par en par, y delante de la puerta, el tío Cornille, sentado en un saco de yeso, lloraba tapándose la cara con las manos. A su vuelta comprendió que, durante su ausencia, alguien había penetrado en su casa y descubierto su secreto. «¡Pobre de mí! decía; no me queda más que morir... El molino está deshonrado!»

Y sollozaba de un modo lastimoso, hablando con su molino como hubiera podido hacerlo con una persona.

En aquel momento los burros llegaban á la plataforma y nos pusimos todos á gritar muy fuerte, como en los mejores tiempos de los molineros: «¡Ah del molino!... ¡Eh! ¡Tío Cornille!» Y

los sacos iban amontonándose delante de la puerta, y el hermoso grano rubio se esparcía por todos lados en el suelo...

El tío Cornille abría los ojos cuanto podía, cogía trigo en su vieja mano y decía riendo y llorando á la par: «¡Es trigo, Dios mío, es trigo!... ¡Y buen trigo!... ¡Dejadme que le mire!» Luego, volviéndose hacia nosotros: «¡Ah! Bien sabía yo que volveríais á mí.»

La alegría de todos era inmensa, y los sentimientos de cariño mas delicados y la admiración se desenvolvieron en tal grado, que queríamos llevarlo en triunfo hasta el pueblo. «No, no, hijos míos; antes que nada es preciso que dé de comer á mi pollino, pues hace mucho tiempo que no ha tenido nada entre los dientes.»

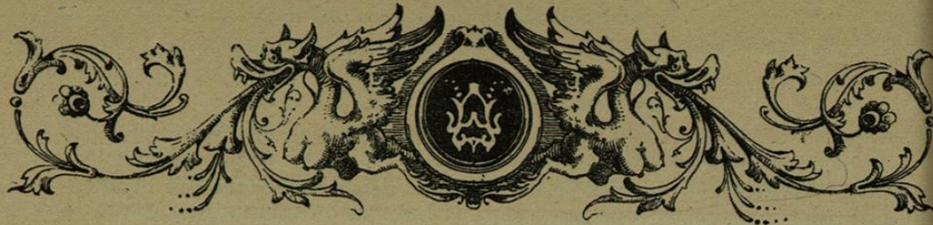
Las lágrimas asomaron á nuestros ojos viendo á aquel pobre anciano ir de un lado á otro, moverse á diestra y siniestra, abriendo los sacos, vigilando la muela, mientras que el grano se aplastaba y el polvillo se pegaba al techo.

Hay que hacer justicia al pueblo entero, pues desde aquel día jamás dejó sin trabajo al anciano molinero.

Más tarde, una mañana el tío Cornille murió, y las aspas de nuestro último molino dejaron de girar para siempre. Muerto Cornille, nadie le sucedió.

¡Qué verdad es, señor que todo tiene fin en este mundo. Ha pasado el tiempo de los molinos de viento, como el de otras muchas cosas, que no obstante los grandes servicios prestados, se hacen inútiles y de innecesaria conservación.»





EL SUBGOBERNADOR EN EL CAMPO

Su señoría el Subgobernador va á girar una visita á los pueblos de su jurisdicción.

Guiado por el cochero con su correspondiente lacayo por detrás, el vehículo del Gobierno le lleva majestuosamente al concurso regional de la Combe-aux-Fées.

Para presidir este acto, su señoría se ha puesto la casaca bordada, el pantalón con franja plateada, el sombrero con galones y plumas, la espada de gala con hermoso puño de nácar, y en sus rodillas descansa una abultada y lujosa cartera de chagrín estampado.

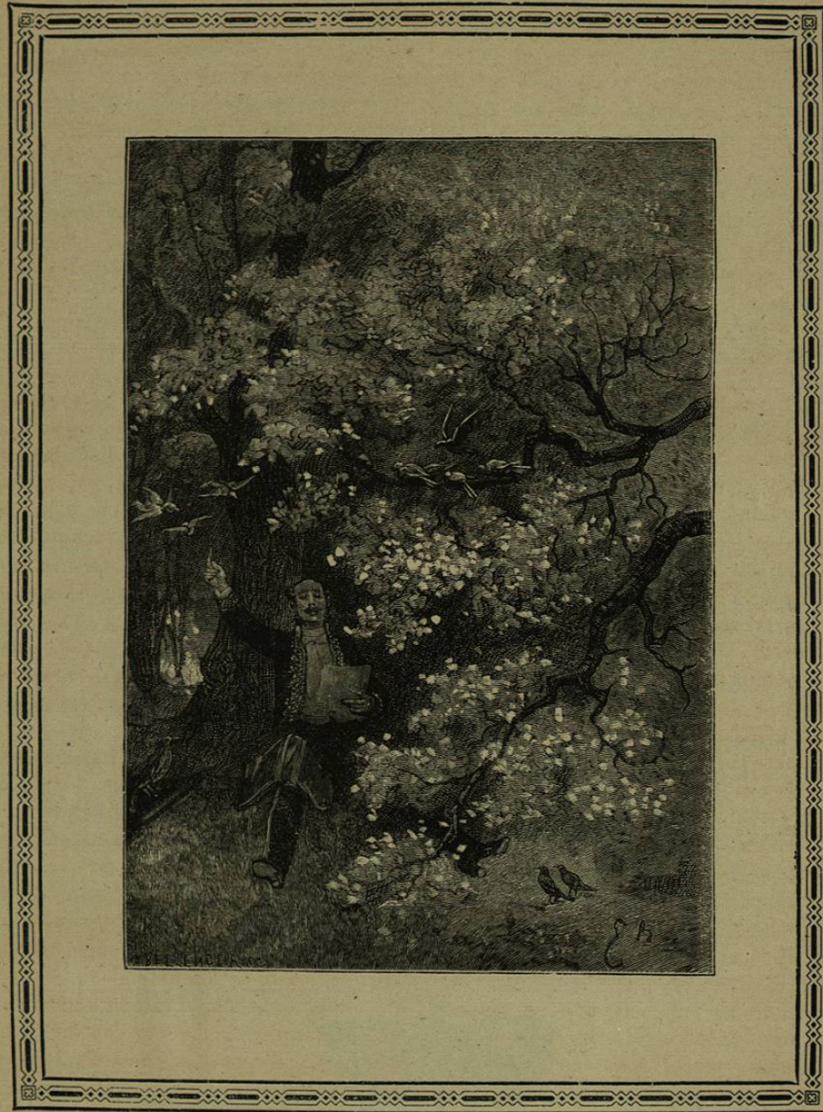
El señor Subgobernador mira con tristeza su cartera, pensando en el famoso discurso que tiene con precisión que pronunciar en la inauguración, delante de los habitantes de Combe-aux-Fées. «Señores y queridos administrados...» Pero por más que se retuerce el fino y sedoso bigote rubio y repite veinte veces seguidas: «Señores y queridos administrados...» no encuentra ni una palabra más que añadir á este discurso tantas veces comenzado.

¡Hace tanto calor en la carretela!... El camino de la Combe-aux-Fées se pierde de vista entre el polvo que levantan los caballos y el coche. El aire es abrasador, y en los olmos de las orillas de la carretera, millares de cigarras sos-

tienen coloquios de uno á otro árbol. De repente, su señoría se estremece; allá, al pie de una colina, distingue un bosquecillo de encinas que parece hacerle señas. Sí, parece que le llama diciéndole: «Venid por aquí, señor Subgobernador; para preparar vuestro discurso estaréis muy á gusto debajo de los árboles.» Su señoría, seducido por aquella frescura, se apea y manda á sus criados que le esperen; va á preparar su discurso bajo aquella seductora arboleada.

En el bosque de encinas hay pájaros, violetas y manantiales debajo de las hierbas. En cuanto vieron al señor Subgobernador con su lujoso pantalón y su cartera de chagrín estampado, los pájaros tuvieron miedo y pararon su cántico; los manantiales detuvieron su murmullo, y las violetas se ocultaron entre el césped. Jamás habían visto á un Subgobernador, y se preguntaban en voz baja quién podía ser tan hermoso señor, que se paseaba con pantalón con franja de plata.

Y mientras tanto, su señoría, encantado por el silencio y la frescura del bosque, levanta los faldones de su casaca, deja su sombrero sobre la hierba y se sienta encima del musgo, al pie de una joven encina, y luego, abriendo su gran cartera de chagrín, saca un pliego de papel ministro.—«Es un artista,» dice un jilguero. «No, repuso



Queridos administradores míos...

un cuco; no es un artista, puesto que lleva plata en el pantalón; es más bien un príncipe.»—«Ni artista ni príncipe, interrumpe un viejo ruiseñor, que ha cantado durante una primavera en el jardín del subgobierno. Ya sé yo quién es; es un Subgobernador.»—«¡Qué calvo está!» exclama una alondra moñuda. Las violetas preguntan:—«¿Es malo?»

El viejo ruiseñor responde:—«¡Nada de eso!»

Y al oír esto los pájaros, se ponen de nuevo á cantar, los manantiales á correr, y las violetas á despedir su perfume, como si aquel señor no estuviera allí.

Impasible en medio de este continuo guirigay, el señor Subgobernador invoca la musa de los comicios agrícolas, y con el lápiz en ristre, empieza á declamar con voz ceremoniosa: «Señores y queridos administrados...» ¡Ejem! ¡Ejem! «Señores y queridos administrados,» repetía su señoría con voz meliflua. Una carcajada le interrumpió; se vuelve, y no ve más que un gran pito real que le mira riendo, encaramado en su sombrero. El Subgobernador alza los hombros y quiere continuar su discurso; pero el pájaro le interrumpe de nuevo desde lejos, gritando:—«¿De qué sirve ese discurso?»—«¡Cómo! ¿De qué sirve?» dijo su señoría poniéndose colorado y espantando con un gesto al atrevido pito real.

«Señores y queridos administrados,» repite otra vez su señoría; pero entonces las violetas se alzan sobre sus tallos y le dicen:—«Señor Subgobernador, ¿no notáis nuestro suave perfume?» Y los manantiales hacen oír su murmullo entre el musgo; encima de su cabeza, bandadas de pájaros diversos lanzan á los aires sus más hermosos trinos, y el bosque entero conspira para que no termine su discurso.

El señor Subgobernador, embriagado por los perfumes y la música, procura en vano escapar al nuevo encanto que se apodera por entero de su ser. Se echa en la hierba, desabrocha su casaca, pronuncia aún dos ó tres veces: «Señores y queridos administrados, señores y queridos admi... Señores y queri...» Y luego manda enhoramala á todos los administrados y á la musa de los comicios agrícolas, y se cubre la faz.

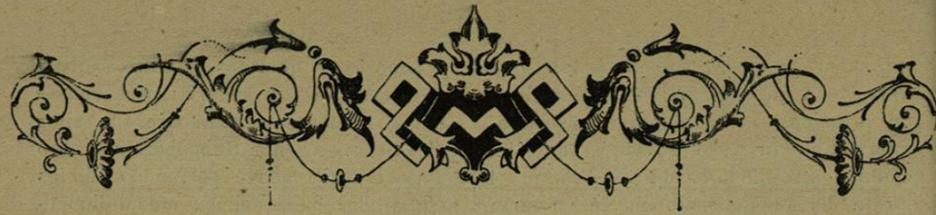
¡Vela también tu rostro ¡oh ninfa! sí, vela tu rostrol

Cuando una hora más tarde los criados del Subgobernador, inquietos por su prolongada ausencia, penetraron en el bosque, presenciaron un espectáculo que los llenó de horror.

Su señoría estaba echado sobre el el musgo.

Habiase quitado su hermoso uniforme, y mascullando violetas, componía versos.





LA CABRA DEL SR. SEGUIN

SIEMPRE fué el Sr. Seguin desgraciado con sus insubordinadas cabras. Todas las perdía del mismo modo; cualquier mañana rompían su amarra, se iban hacia el monte, y el lobo se las comía. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, las detenía. Eran cabras independientes, que querían, á todo trance, gozar del aire á su antojo, y de la libertad.

El buen Sr. Seguin, que no comprendía nada del carácter de sus animales, estaba consternado, y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, por lo visto, y no conseguiré conservar ninguna.

Sin embargo, no se desanimó, y después de perder seis del mismo modo, compró una séptima; sólo que esta vez procuró escogerla muy jovencita, á fin de que se acostumbrara mejor á estar en su casa.

¡Ah! ¡Qué linda era la cabrita del señor Seguin! ¡Qué linda era, con sus ojillos tan dulces, su perilla de subteniente, sus patitas negras y relucientes, sus cuernos cebrinos y su pelo largo y blanco! ¡Y luego era tan dócil, tan mimosa, que se dejaba ordeñar sin moverse si-

quiera, y jamás metió la pata en la cazuela de la leche; era, en fin, una cabra modelo.

El Sr. Seguin tenía detrás de su casa un cercado rodeado de majuelos, y colocó allí á su nueva huésped, atándola á una fuerte estaca en lo mejor de la pradera, cuidando de dejar la cuerda muy larga, y de cuando en cuando venía á ver si se hallaba á gusto. La cabrita se encontraba muy feliz y pacía tan bien, que su amo estaba encantado.

—Por fin, pensaba el buen hombre, ésta no se fastidiará en mi casa.

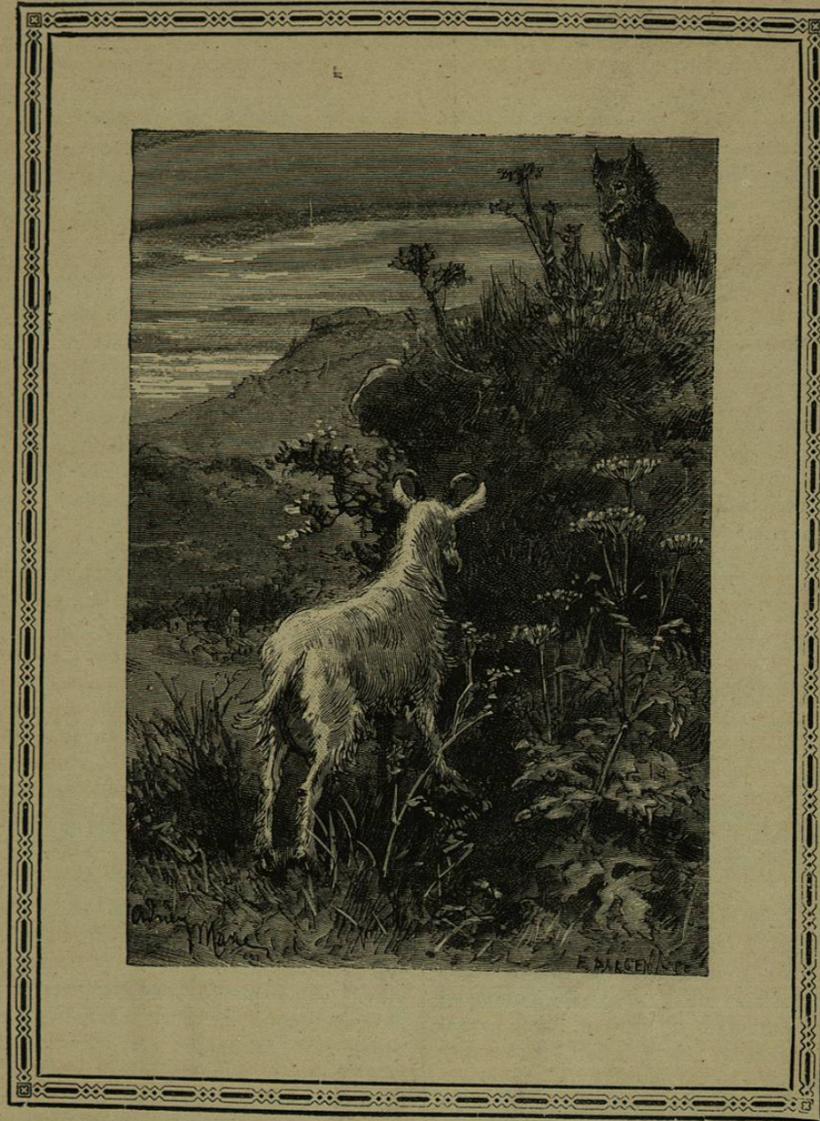
Pero se equivocaba; la cabrita acabó por aburrirse también.

Ardía ya en deseos de sacudir su yugo y el cercado en donde pacía era para ella lo más triste del mundo.

Un día mirando al monte, se dijo:

—¡Qué bien se debe estar allí! ¡Qué gusto poder correr por entre los brezos, sin esta maldita cuerda que me araña el pescuezo! Pacer en un cercado es bueno para los asnos ó para las vacas. Las cabras necesitamos más ancho campo.

Y desde entonces, la hierba de aquel sitio, antes tan buena le pareció mala.



¡Era el terrible lobo!

Adelgazó y tuvo poca leche. Daba lástima verla todo el día tirando de la cuerda con la cabeza vuelta hacia el monte y diciendo tristemente: ¡Bé-é-é!... Bien veía el señor Seguin que á su cabra le sucedía algo; pero no sabía qué.

Una mañana, después de dejarse ordeñar, la cabra se volvió hacia él y le dijo en su dialecto:

—Escuchadme, Sr. Seguin, me aburro aquí; dejadme ir al monte.

—¡Ah, Dios mío! ¡Ella también! exclamó el pobre hombre estupefacto.

Y sorprendido, dejó caer el cacharro lleno de leche. Luego, sentándose en el suelo al lado de la cabra, dijo:

—¿Cómo es eso, *Blanquita*? ¿Quieres dejarme?

Esta contestó:

—Sí, Sr. Seguin.

—¿Te falta hierba aquí?

—¡Oh, no señor!

—Tal vez es que estás atada demasiado corto. ¿Quieres que te deje más cuerda?

—No os molestéis, Sr. Seguin.

—Entonces, ¿qué te falta? ¿Qué es lo que deseas?

—Quiero ir al monte.

—Pero, desgraciada, ¿no sabes que allí hay un lobo? ¿Qué harás cuando se acerque á ti?

—Le daré cornazos, Sr. Seguin.

—¡Mucho caso hará de tus cuernos! Otra: me ha comido que los tenían mayores que tú. Ya sabes; la vieja *Renande*, que estaba aquí el año pasado, era una cabra mala y fuerte como un macho cabrío; se escapó impelida por el afán de gozar de la vida silvestre, y se fué al monte; pero el terrible animal, que la acechaba, la salió al encuentro y aunque combatió toda la noche con él, sin embargo, por la mañana se la comió.

—¡Qué lástima! ¡Pobre *Renande*! Mas no importa, Sr. Seguin; dejadme marchar al monte.

—¡Bondad divina! exclamó el Sr. Seguin. Pero ¿qué les pasa á mis cabras? ¡Otra desgraciada que va á ser pasto del lobo! Pues bien, no. Te salvaré á pesar tuyo, bribona; y por miedo de que rompa la cuerda, voy á encerrarte en el establo, y allí te quedarás siempre.

Dicho y hecho. El Sr. Seguin ence-

rró á la insurrecta en un local muy oscuro, que cerró con llave; pero él estaba á su vez bastante aturdido, y no tomó las precauciones necesarias. Desgraciadamente olvidó que aquel establo tenía ventana, y la cabrita, saltando por ella, se cobró su libertad.

Cuando llegó al monte, no cabía en sí de alegría; fué recibida como una reina; los castaños se bajaban hasta el suelo para acariciarla con la punta de sus ramas. Las retamas se abrían á su paso y despedían para ella todo su perfume; el monte entero la festejó.

Nada de cuerda, nada de estaca, nada que la estorbara ya para brincar y paecer á su gusto. ¡Allí sí que no faltaba hierba! La encontraba hasta por encima de los cuernos. ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, de varias clases, á su elección... ¡Cuánto mejor era que la del cercado! ¡Y que placer! Grandes campanillas azules, digitales de color de púrpura, en fin, millares de flores silvestres de todas clases, llenas de jugos apetitosos.

La cabrita blanca no cabía en sí de júbilo; medio embriagada con tanto gozar se holgaba en medio del follaje, se echaba patas arriba, y rodaba por las pendientes, juntamente con las hojas caídas y las castañas. Y luego, de repente, de un salto, se levantaba. ¡Aúpa! Y corre con la cabeza baja á través de los matorrales, tan pronto por una altura como por un despeñadero, arriba, abajo, por todas partes. Parecía que á lo menos había diez cabras del señor Seguin en el monte.

Es que *Blanquita* nada temía.

Franqueaba de un brinco grandes torrentes, que la salpicaban á su paso, llenándola de agua y de espuma. Entonces, toda mojada, se extendía en alguna roca plana y se secaba al sol. Ya enjuta y descansada, se dispuso de nuevo á sus locuras, y avanzando hasta el borde de una meseta, divisó entonces, allá, muy lejos, en el llano, la casa del Sr. Seguin, con el cercado detrás. Esto la hizo reír hasta más no poder.

—¡Qué pequeño es! exclamó. ¿Cómo he podido vivir allí?

¡Pobrecilla! Viéndose á tal altura, se creía, por lo menos, tan grande como el mundo.